

El Yara (19 junio 1886): “De Tampa”

Dejaría de cumplir con un sagrado deber de cubano y de hombre honrado si no expusiera a pueblo sensato que está pendiente de la organización de esta colonia, ciertas reflexiones que atendidas por quien o quienes deben ayudarnos en tan laboriosa empresa, puedan contribuir al desarrollo de las nobles ideas que han de cimentar el porvenir y bienestar de un pueblo naciente, al que aún no se ha podido imprimir ningún carácter por las circunstancias especiales que atravesamos.

Cuando recorremos la historia de América, lo primero que salta a nuestra vista, como punto de partida para poder establecer una comparación con los demás pueblos de la combatida Europa, es la fundación de los Estados Unidos del Norte. ¿Quiénes fueron los hombres que plantaron en la Roca Plymouth el hermoso lábaro de la civilización? La severidad de sus costumbres, el temple de sus almas inspiradas en los más nobles y generosos sentimientos; el conocimiento más profundo de todas las pasiones humanas combatidas con particular empeño por aquellos atletas de la moral y de la virtud; el generoso desprendimiento de la odiosa personalidad que tanto empequeñece a los hombres y la sublime abnegación del que se consagra al servicio de la humanidad sin otra aspiración que satisfacción del deber cumplido en la propaganda de los eternos principios de la verdad y de la justicia.

No pretendo comparar a los colonizadores de Ibor City con esos hombres extraordinarios que forman época en la vida de los labios; pero no he podido menos que señalar este dato histórico para que el paralelo que me propongo establecer entre España y América tenga el poderoso atractivo de la verdad.

¿Quiénes fueron los fundadores de las colonias españolas en el continente americano? En vez de la Biblia nos trajeron una espada que bien pronto se tiñó de inocente sangre; la sed de oro, la avaricia en los mandos, la más asquerosa venganza en todos los actos de vandalismo que cometieron con las pobres tribus de indígenas que encontraron, y á la sombra del Cristianismo simbolizado por la cruz de redención que cubría sus mezquinas, acciones, haciendo valer el poder de su palabra, diezmaban sin compasión a todos los pueblos que pretendieron conquistar, con los más punibles actos que entraña la tiranía y el despotismo.

Si conocemos desgraciadamente tantas verdades, si pretendemos levantar aquí una sociedad sin mancha que honre al pueblo cubano, no debemos empezar por introducir el vicio y la inmoralidad, vacilante pedestal de miseria y degradación. ¿Por qué no tratamos de establecer una escuela para nuestros hijos? ¿Por qué no levantamos una iglesia donde se nos predique la moral y la verdad? ¿Por qué no rechazamos cualquier germen de corrupción que empiece a desarrollarse? Solo con esta conducta podremos llegar a nuestros ideales, y ya que en nuestra patria no podemos, por ahora, consagrarnos a tan noble empresa, empecemos la obra a la sombra de esta gran nación, para que podamos llevar en día no lejano á nuestra idolatrada Cuba algo que nos haga dignos de figurar en la historia de la humanidad, dándole una prueba al mundo de que aunque educados bajo la odiosa tutela de España, hemos podido identificarnos con los eternos dogmas de la moral y hacer algo digno de la posteridad.